

¿ESTAREMOS DECADENTES?

Hemos probado que la posición geográfica de la Península, dictando la alianza de Portugal y España, valoriza sobremanera el futuro que espera a las dos naciones hermanas en cuanto quieran aprovecharse sabiamente de tan alto y permanente beneficio. Importa ahora averiguar si la anarquía gubernativa en que los pueblos peninsulares se debaten denuncia un desvío epidérmico y transitorio o corresponde a un morbo más profundo, y como tal, posiblemente incurable. Se conoce todo el doctrinarismo desenvuelto a este respecto, doctrinarismo que unánimemente hace responsable a la Iglesia y a la Realeza de la decadencia de los dos países. Acusación salida del criticismo sectario del siglo pasado, en forma ninguna se acomoda a los hechos, y los métodos críticos, sinceramente utilizados, son hoy unánimes en destrozarla totalmente.

Tocar en el problema de la decadencia de los pueblos peninsulares es recordar la conferencia célebre de Antero de Quental, tan ruidosamente discutida en su tiempo. A tres factores atribuía Antero la decadencia de Portugal y España: El primero, de natu-

raleza moral y religiosa, era la fisonomía asumida por el Catolicismo después de Trento. El segundo, de índole política, consistía en la desaparición de las libertades locales y corporativas por la implantación definitiva del Absolutismo. Y, finalmente, el tercero, de consecuencias económicas, consistía en el desenvolvimiento de las conquistas ultramarinas. Apreciando las afirmaciones de Antero, observa el nada sospechoso Adolfo Coelho en su estudio *Alexandre Herculano e o ensino público* (1), que la floración de la literatura y del arte españoles coincide con la influencia tridentina en la Península y con el reinado del tan denegrido Felipe II. «El (Antero), no vió cómo las obras de esos hombres (escritores y pintores) revelaban el espíritu del catolicismo y de la política de su tiempo posterior a aquellas fechas. Cervantes mismo celebra la muerte de la caballería, la supresión de la nobleza vieja ante el absolutismo. Léase el *Viaje* de madame d'Aulnoy por España en 1679, del que Taine extrajo lo esencial en un bello artículo, y se verá cómo Cervantes, Vega y Calderón... reproducen la sociedad española cómo era ella aún en el último cuarto del siglo XVII y había sido ya en tiempo de Cervantes».

Herencia del concepto esparcido por los enciclopedistas acerca del papel civilizador de España, la teoría racionalista de la decadencia peninsular encontró su doctor de mayor categoría en el inglés Henry Thomas Buckle, en quien bebieron Antero de Quental, Oliveira Martins, y en España, entre otros, Pompeyo Gener, como acertadamente obser-

(1) Lisboa, Livraria Rodrigues, 1910.

va Sylvio Romero (1). Para Henry Thomas Buckle (2) el carácter esencialmente religioso de la Historia de la Península, sólo se explica por los terremotos que convulsionaron a la milenaria tierra de Iberia, haciendo a sus habitantes supersticiosos hasta la ferocidad. Se deduce, claro está, de esto, la reconocida novela del atraso español con motivo de la absorción secular del catolicismo, novela aumentada con varios apéndices, que constituyen la famosa «leyenda negra», magistral e irremisiblemente pulverizada por Julián Juderías en un libro notabilísimo. Cita Buckle antes de todo, y con Buckle la innumerable procesión de sus repetidores, el predominio del elemento eclesiástico en la Monarquía visigoda, a propósito de los Concilios de Toledo. No cabe aquí el pasar revista, aunque sea rápida, de las generalizaciones parciales y groseras, tanto de Buckle como de sus secuaces. Precisamente de la influencia

(1) *A América Latina* (Analyse do livro de igual título do dr. M. Bomfin). Porto. Livraria Chardron, 1907.

(2) En el libro tan interesante por todos los aspectos, *El solar de la raza*, del festejado escritor argentino Manuel Gálvez, a este respecto se escribe sensatamente (5.^a edición; Madrid, 1920): «La principal causa, a mi ver, que ha determinado la formación de las leyendas sobre España, se halla en la falsificación de la Historia, realizada con fines de religión y de raza. La Historia ha sido hecha por protestantes ingleses, quienes, como es natural, debían sentir escasa simpatía hacia la nación latina y católica. La deformación de la Historia puede verse en Buckle, cuyo capítulo sobre España es un bric-à-brac de mentiras y de ridiculeces. Los españoles de talento llenarían una misión noble y patriótica escribiendo la historia de su país con criterio español. Desgraciadamente, no lo hacen; España no es tierra de historiadores».

de la Iglesia sobre las direcciones sociales del Imperio gótico de Toledo, se deriva un grado de humanidad adelantada, que dotó a la Península de instintos y costumbres, sólo más tarde, y por costoso esfuerzo de civilización, extendidos a los demás países europeos.

En el número de ellos figura, naturalmente, Inglaterra. Y mucho se pasmaría la simplista inteligencia de Buckle—el hombre inolvidable de los terremotos—si le fuese permitido meditar sobre la reciente obra de su compatriota C. K. Chesterton, *Pequeña historia de Inglaterra*, donde este original escritor, colocándose con firmeza al lado de la Iglesia y de toda la Edad Media, considera como una quiebra mortal para Inglaterra su ruptura con el espíritu católico que la había formado y consolidado. El espanto de Buckle crecería si se fijase con atención en el expresivo capítulo, el capítulo XIII, «España y el cisma de las naciones». Hablando de la *Armada Invencible* y de la amenaza que significó para Inglaterra, escribe Chesterton:

«El enemigo representaba, sin exageración, la civilización. La grandeza de España es lo que dió gloria a Inglaterra. Y sólo podemos apreciar debidamente la audacia de su desafío o la felicidad de su aventura, si recordamos que los ingleses eran, ante la España de aquel tiempo, tan oscuros, tan rudimentarios, tan diminutos como los *boers*; sólo se alcanzará la trascendencia de semejante acontecimiento considerando que para la mayor parte de Europa la causa de la *Invencible* asumirá casi el aspecto de un punto de vista cosmopolita y común, como si se tratase de una cruzada». Y más adelante Chester-

ton, apreciando los resultados de la victoria inglesa, nos dice con un golpe de vista inesperado: «Porque el esplendor de la era isabelina, que es costumbre comparar a una aurora, fué más bien un ocaso. Se encare como el fin del Renacimiento o como el fin de la vieja civilización medioeval, hasta el crítico más limitado, convendrá en que allí se acabó una era gloriosa. Pregúntese al lector lo que más le deslumbra entre las magnificencias isabelinas y se verá en seguida que son los vestigios medioevales, de lo que nada quedará ya en los períodos siguientes». De modo que para Chesterton, la España católica encarnaba una causa universal: la de la civilización, y lo que insuflaba vida a la dura y modesta Inglaterra, retraída en su oscura isla, le venía exactamente de la Edad Media, de los monjes y de los conventos. Tanto se confundía la causa de la unidad religiosa con la causa de la civilización europea, que Chesterton no restringe sus asertos, los cuales es conveniente reproducir, por ser de un autor tan nombrado, aunque tan poco conocido entre nosotros.

Reproduciéndonos el cuadro general de Europa al dibujarse el «cisma de las naciones», Chesterton nos señala más allá de las fronteras del Santo Imperio una tierra extraña, «tan vaga y tan movediza como el mar», «casi toda cristiana en la forma, pero superficialmente civilizada». y aclara: «Un pálido reflejo de la cultura del Sur y del Oeste extendía sobre esta región salvaje un a modo de manto de hielo. Durante mucho tiempo, ese país semicivilizado había vivido en la somnolencia, comenzando, sin embargo, ahora a soñar. Una generación antes de Isabel, cierto gran hombre que a pesar de su violencia era

fundamentalmente un soñador, Martín Lutero, había sacado de dentro de su sueño unos gritos como truenos, en parte, para denunciar las malas costumbres, y, en parte también, para atacar las buenas obras del cristianismo. Más tarde, en la generación siguiente a la de Isabel, el desenvolvimiento de las nuevas doctrinas por toda aquella tierra salvaje había transformado ya a la Europa central en una guerra cíclica de religiones. La casa que mantenía la divisa del Sacro Romano Imperio, la de Austria, aliada germánica de España, combatió por la antigua religión contra la Liga alemana, que combatía por la religión nueva. En la Europa continental, la situación se complicaba verdaderamente y se fué complicando más, a medida que se disipaba el sueño de restaurar la unidad religiosa. La determinación firme de Francia de constituirse nacionalmente, en el sentido moderno de la palabra, surgió como otra dificultad más. Quería Francia alejarse de todas las combinaciones y redondear sus fronteras, obligándola tales circunstancias a conceder cierto apoyo diplomático a muchos protestantes extranjeros, únicamente para conservar la balanza del Poder contra la gigantesca confabulación de españoles y de austriacos. Nueva dificultad se manifestaba con el reciente levantamiento de un Estado calvinista y comercial en los Países Bajos, Estado desconfiado y ponderado que se defendía valientemente de España. Puede decirse, resumiendo, que la guerra de los Treinta Años fué como el despuntar de todos los modernos problemas internacionales, ya la consideremos como una revolución de los semibárbaros contra el Sacro Romano Imperio, ya como el adveni-

miento de una nueva ciencia, de una nueva filosofía, de una nueva ética: la del Norte.

Y el autor de la *Pequeña historia de Inglaterra* continúa: «Suecia intervino y envió, en auxilio de la nueva Germania, a un héroe militar. Pero el heroísmo militar de aquél, entonces, ofrece una extraña mezcla de una estrategia cada vez más compleja y de una crueldad, más propia cada vez, de cánibales. Dentro de la matanza general, no fué la Suecia el único poder europeo que se abrió camino. Hacia la banda del Nordeste, en una tierra estéril y pantanosa, existía una minúscula y ambiciosa familia de prestamistas, ascendidos al grado de caballeros; una familia cauta, frugal, excesivamente egoísta, que aceptó sin grandes entusiasmos las teorías de Lutero y comenzó a prestarle sus criados y sus soldados casi salvajes. El protestantismo les pagó bien, prodigándoles ascensos sucesivos y distinciones cada vez mayores. Su principado en aquel tiempo estaba formado solamente por los feudos de Brandemburgo. Así era la familia de Hohenzollern».

Escrito durante el furioso bramar de la guerra europea, el testimonio de Chesterton nos trae con vigorosa precisión la genealogía de la catástrofe que iba abatiendo a Europa. Ella empezó a engendrarse en la hora en que a las claras síntesis del mundo occidental se opuso con la rebeldía de Lutero una ética confusa y anárquica: la ética del Norte.

«El cisma de las naciones», ante la idea de la unidad moral y cultural que a España sirvió hasta caer destrozada en Westfalia, es, pues, para el eminente escritor inglés, la raíz del largo crepúsculo que cayó sobre nuestra civilización. Porque en la concepción

absoluta del Universo y de la Existencia que los hispanos abrazaron y difundieron, se nutren las verdaderas razones de grandeza para el hombre cuando promueve y desea la grandeza de su especie. Con su rara penetración psicológica, también Oliveira Martins la entrevió, aun cuando su juicio sea negativo por culpa, evidentemente, del pesimismo intelectual que le ensombrecía el espíritu. Al final de la *Vida de Nun' Alvares*, declara, repleto de la fuerza persuasiva de un místico: «En los tiempos modernos nadie vive la vida mejor que nosotros los pueblos de España; esto es, nadie afirmó tan superiormente la energía de la voluntad humana. Nadie sabe, tampoco, morir mejor que el pueblo que encarnó en sí, paradójicamente, la teoría de la muerte en el seno de lo eterno: ese pensamiento agudo como la hoja de la espada, que, desdoblándose y traspasando el mundo en su redondez, vino a clavársenos en el corazón para desangrarnos. España fué víctima de un yerro de definición, y si un día los hombres dieran con la verdadera teoría de la vida, nadie sabrá tampoco morir por ella como el pueblo, que entre todos ha sido engendrado para el heroísmo».

¿La Península, víctima de un error de definición? Tal vez. Pero sobre todo, víctima de la conspiración urdida contra ella por los agentes disociativos de la unidad europea. Cómo nuestra psicología de peninsulares casaba con la esencia del cristianismo, es un punto ya señalado en el presente estudio. De tan íntima identificación nació, en todo su esplendor, aquello que constituyó el prestigio del Occidente. Dominado por los subjetivismos falsos del siglo pasado, Oliveira Martins no podía alcanzar que, en la

noción simple y dogmática de la vida profesada por castellanos y portugueses, se encerrase el único germen posible de espiritualización. Ahora bien; como «espiritualizar» es «civilizar», y como sólo se «espiritualiza» dejando la *parte* por el *todo*, lo *relativo* por lo *absoluto*, Chesterton, al discurrir sobre el «cisma de las naciones», responde terminantemente a Buckle y restituye a España la aureola de guardián de Europa—«cabeza» la llamó Camoens—, de que la incompreensión, la envidia y la calumnia la habían despojado.

Si el declinar de España, como definidora del sentimiento y del interés europeos, se consuma en Westfalia, originándose allí la situación confusa y artificial que nos trajo sobre un brasero crepitante su desastre, nuestro desastre de peninsulares, se ultima con la extensión a los países católicos de las concepciones protestantes del Poder y de la Utilidad. Con respecto al primer factor, Francia es el principal responsable por los progresos rápidos del Absolutismo, abriendo el camino a la omnipotencia absorbente del Estado, que ya el legislador Nogaret anteponía a las legítimas reivindicaciones de Roma, y que al fin se tradujo, varios siglos después, en el opresivo tipo gubernamental, impuesto e inaugurado por Napoleón. En cuanto a la concepción de Utilidad, de marcada ascendencia puritana, la economía llamada «liberal» significa, ni más ni menos, una acomodación del Talmud al Occidente, mercad a una hábil y profundísima infiltración judaica. De suerte que, dirigiéndose tanto la Utilidad como el Poder al *individuo* como principio y fin de sí mismo, el genio hispánico, insensato en lo tocante a lo *relativo*, pero

creador en lo tocante a lo *absoluto*, no tardaría en resultar anacrónico y fosilizado, tal como el patético Don Quijote, su inmenso e inolvidable símbolo. La declamada «decadencia» de los pueblos peninsulares no se deriva, pues, de irremediables taras propias. Se deriva antes, y casi exclusivamente, del lastre de éticas individualistas del Norte, ayudadas tanto por el triunfo total de la noción pagana o naturalista del Estado, como por la preponderancia depresiva del Capitalismo, cuyos fundamentos hebraicos, como sistema económico, Max Weber y Berner Sombat suficientemente desterraron y esclarecieron.

Es excusado, por consecuencia, anotar ahora lo que hay de fragilidad pueril y facciosa en las críticas de Buckle y de sus copiadore. Ellos actuaron, nefastamente, al punto de que en Portugal, con Antero de Quental y con Oliveira Martins, se arbolaron en llave maestra de interpretaciones históricas. En su *Carta autobiográfica* (1) a Wilhelm Storck, Antero de Quental iba a rectificarse, si bien fugitivamente: "*Mi Discurso sobre as causas da decadencia dos Povos peninsulares dos seculos XII e XIII*, aunque pisase un terreno más sólido, el terreno de la Historia, se resiente todavía mucho de la influencia de las ideas políticas preconcebidas, de la crítica histórica con *tendencias*». Oliveira Martins procuraría enmendarse aquí y allá, parcialmente, de las lacras que en su bella inteligencia dejara esa ideológica avariosis. Pero su incalificable panfleto, titulado *Historia de Portugal*, prevalecería largamente entre nosotros, conducido con éxito por la onda jacobina. En

(1) Vid *Cartas de Antero de Quental*.

la pobreza de su ideación mental, en contraste manifiesto con su tonante verbalismo, de Oliveira Martins se ampararía Guerra Junqueiro al componer la mentira antipatriótica, que sacrílegamente llamó «¡Patria!».

Intoxicados así por las peores supersticiones nacionales, sólo tardíamente se inició la reacción. Inicióse en el campo de la erudición, lentamente, pero con sanos frutos. Como modelo se recomienda la lectura del discurso leído ante la Real Academia Española (1) en el acto de su recepción por el insigne historiador don Gabriel Maura, conde de la Mortera. En él se sustenta la tesis de que la raza española está incólume de las supuestas inferioridades que se le achacan, sufriendo apenas de los males que ya sufría en los tiempos del último Enrique—el IV—, cuando en el horizonte se dibujaba, firme y varonil, la figura de Isabel. No padece por esto España de los males del «germanismo» o del «austriacismo», que, en opinión de Macías Picavea, detuvieron «el desarrollo propio de la civilización española en el reinado de los Reyes Católicos». También invalida don Gabriel Maura, con excesiva pericia, el diagnóstico de Joaquín Costa, el «león de Graus», al dogmatizar que «el gran problema español que se nos planteó con la crisis de la nación, consumada en Cavite y Santiago de Cuba y el Tratado de París, no es precisamente problema de regeneración. Desenlace lógico de una decadencia propresiva de cuatro siglos—subraya el ilustre polígrafo—, ha quedado España reducida a

(1) Madrid, 1920.

una expresión histórica; el problema consiste en hacer de ella una realidad actual».

Efectivamente, la cuestión está en hacer de España, y con España de la Península, una realidad actual. Pero no según los métodos aconsejados por don Joaquín Costa y todo el largo cortejo de sus discípulos, iguales, en su alarido, a una colección de ranas que croasen. Para don Joaquín Costa era imperioso que se diesen dos vueltas a la llave del sepulcro del Cid y que España se integrase en los grandes ritmos de la vida, europeizándose, universalizándose. ¿Cómo, sin embargo? Por su ingreso en los falsos moldes salidos del individualismo político y filosófico que destruyó la cultura de Europa y perturbó de tal manera la sociedad internacional, que provocó la tragedia de la Gran Guerra. Nadie comprendía que, exactamente, en la universalidad del genio peninsular o hispánico consistía ahora la razón de su caída o secuestro. La propia España decayó porque se sumió en el «cisma de las naciones» su función mundial, haciéndose ajena a sí misma por la influencia depresiva del doctrinarismo derivado de la Reforma y de la Revolución.

Desprendiéndose de toda relación del pasado de la Península, los glosadores de Macías Picavea y de don Joaquín Costa constituyeron en el país vecino la llamada «generación del desastre». ¡No hubo nada que no se disminuyese si restaba a la antigua grandeza de la Patria! Uno se arrepintió, y es Ramiro de Maeztu, cuyo lenguaje, inflamado contra los ignoros que oscurecen la mentalidad española, no encuentra a su vuelta ni eco ni comprensión. Fundadamente los contunde, a los de la *generación del desas-*

tre, en su citado trabajo el conde de la Mortera. Y amparándose de un puñado de expresivos testimonios históricos, recogidos en autores de diversas épocas, don Gabriel Maura nos prueba que los males de España no son de hoy, sino de defectos naturales en la raza, que las instituciones posteriormente, el Absolutismo primero y el Liberalismo después, desarrollaron y agrandaron. «España—escribe—no padece de parálisis intercurrente, sino de atrofia congénita (o si se prefiere el terminacho técnico, hipoplasia) del órgano más noble de la vida nacional, que es el civismo. Es craso yerro histórico, en que incurre Macías Picavea, achacar «la falta de valor civil que aquí como universal carácter, ya individual, ya colectivo, se advierte en todos los espíritus», a «la horrible herencia de cuatro siglos de absolutismo teocrático». No. El más antiguo monumento literario del idioma castellano de los hoy conocidos, el *Poema del Cid*, contiene ya, y en sus primeras estrofas por cierto, el abrumador testimonio de la tradicional y bochornosa cobardía cívica. No son siquiera los culpables míseros labriegos o toscos o inciviles villanos, sino los prósperos y relativamente cultos vecinos de uno de los mayores núcleos urbanos de la época...» Refiérese don Gabriel Maura al episodio del *Poema del Cid*, cuando Burgos niega acogida al héroe porque «el Rey lo ha vedado».

No acompañaremos al autor de *Carlos II y su Corte* en todas sus consideraciones. Basta que su pensamiento nos sea conocido. Para él, la raza española sufre de una tendencia hacia la dispersión y hacia el atomismo que la incapacita para realizar continuamente, día a día, con serenidad, aquello que en mo-

mentos dados, congestionadamente, alcanza con los relámpagos de su alta y crepitante fuerza creadora. Lo que se puede y debe inferir de cuanto alega es que no se apagó en el subconsciente de las gentes de la Península su adentrado ancestralismo libio, ancestralismo que si nos proporcionó óptimas cualidades guerreras, arraigado instinto de autonomía y excelentes virtudes localistas, no nos permite, en todo caso, elevarnos a la coordinación superior del Estado, tal como sucede aún hoy con los bereberes, nuestros hermanos. Es la falla que ya los analistas latinos nos señalan cuando se ocupan de la resistencia de las tribus de la Península a la acción persistente y sistemática de las legiones de Roma. Desgraciadamente, a nadie es lícito dudar de esa pésima facultad de herencia de los hispanos, tantas veces evidenciada a lo largo de la epopeya formidable de la Reconquista, y en nuestros días, trasplantada al otro lado del Atlántico, en las disidencias constantes que esterilizan y deprimen las nacionalidades hispanoamericanas. Inclínemos la cabeza ante un mal que, si no se rindió hasta el presente, fué porque el Estado en la Península, salvo raros momentos de identificación nacional, no ejerció casi nunca su misión de expone del sentir colectivo.

Hay, indudablemente, en la existencia de los pueblos peninsulares una antinomia, aunque aparente, que choca al observador más despreocupado: es nuestra doble hechura particularista y universalista. De cualidades tan contradictorias dimana nuestra resistencia como raza y su natural aptitud expansiva. No alzándonos sino con dificultad a la idea coordinadora del Estado, la rebasamos, sin embargo, por

nuestro amor a lo absoluto, siempre que nos guíe un sentimiento exaltador de la propia personalidad, como es el de Dios. Así se explica lo que hay de *insensato* en la Historia, tanto de Castilla como de Portugal, dominando y civilizando mundos, sin que internamente hubiesen logrado estabilizar en moldes coherentes y normales la simple dinámica de la intervención gubernativa. No apercibiéndose los críticos del origen de semejante fenómeno, caen con facilidad en la suposición de que el «austriacismo» cortó el desenvolvimiento de la civilización castellana, inaugurada por los Reyes Católicos. Por ese error de evidente miopía intelectual se vulgarizó la opinión de que el movimiento de los «comuneros» contra Carlos V, representa la última protesta del alma autóctona de Castilla ante el extranjerismo invasor. El centenario de la batalla de Villalar fué en esta forma celebrado con los honores debidos a una suprema fecha patriótica. Con eso España entera renegaba la parte de sacrificio y de esplendor que la hizo acreedora a los agradecimientos de la humanidad, porque renegaba la política de expansión efectuada por Carlos V y mantenida arduosamente por Felipe II, fuera de la cual Castilla quedaría reducida a un pequeño interior sin dirección apreciable de los destinos humanos.

Renán dice en alguna ocasión, que el patriotismo representa lo inverso de la influencia moral y filosófica. Y afirma: «Grecia y Judea pagaron con su existencia nacional su excepcional destino y el honor inigualable de haber constituido enseñanzas para toda la humanidad» (1). No se perdió Castilla como Gre-

(1) Vid. *Reforme intellectuele et morale*.

cia o como Israel. Pero el precio de su glorioso apostolado está bien a la vista en lo que se tiene como causa de su decadencia. Lejos, por tanto, de ser acusados como responsables de la ruina de España, los Austrias sirvieron fielmente a sus aspiraciones y a su finalidad. La concatenación de su política con la política de los Reyes Católicos es inmediata y flagrantísima. Ellos, Carlos V y Felipe II sobre todo, no procuraron más que asegurar y prolongar las directrices trazadas por Fernando de Aragón al buscar alianzas dinásticas que le ayudasen en la consecución de sus designios. Toda la trágica penumbra que envuelve la admirable figura de Felipe II, es la conciencia que el Monarca poseía del holocausto a que España se lanzara. Recriminar al «austriacismo» para hacer destacar la apoteosis de la fecha de Villalar equivale, pues, a una degradación que la España actual comete irreflexivamente. Con justo criterio nos dice Cánovas del Castillo: «Con la España austriaca pereció la verdadera, la antigua, la gran España de los Reyes Católicos, no quedando más que el odio, que a causa de lo pasado nos han profesado hasta ahora unánimemente los extranjeros...»

El «austriacismo» se nos revela, consecuentemente, como un efecto y no como una causa. De modo que la atrofia congénita del civismo en España, tan agudamente apuntada por don Gabriel Maura como causante de la llaga lamentable de hoy y de ayer, no traduce más que la insuficiencia práctica de un pueblo que, por enamorarse de las caballerías del Infinito, no consiguió vencer donde el hombre mediocre vence, donde Sancho vencería: en los dominios de lo *relativo*. Corrigióse, sin embargo, esa de-

bilidad estructural en los menguados instantes en que el Estado desempeñó en España su necesario papel de condensador de voluntades, proyectando al exterior el exceso de actividad que desde el punto de vista interno no alcanzaba síntesis o disciplina posible. Ejemplo: los *ganapanes* y *pícaros*, de que «el capitán don Alonso de Contreras» es un símbolo inolvidable y perpetuo, esmaltan de proezas y sacrificios formidables toda la epopeya, aún por cantar, de los viejos *Tercios*.

Tal vez, en la simplicidad nativa de las gentes hispánicas esté la llave de su ardiente capacidad de holocausto por lo Absoluto. He ahí su virtud y su energía inagotable. Recordemos a propósito un pasaje bastante expresivo de Chesterton. Dícenos, con las chispas inesperadas de su «humour» (1): «También entiendo, de acuerdo con los pragmáticos, que la apariencia de verdad objetiva no es todo, que existe una necesidad imperiosa de creer en las cosas necesarias al espíritu humano. Pero entiendo más: que una de esas necesidades consiste precisamente en la creencia de una verdad objetiva. El pragmatismo aconseja al hombre a pensar en lo que es necesario pensar y a no preocuparse de lo absoluto. Pero exactamente, una de las cosas en que es necesario pensar es en lo absoluto». Y en otra parte insiste y explica: «El vicio de la noción moderna del progreso intelect-

(1) Las transcripciones que siguen están sacadas del estudio crítico *G. K. Chesterton, Ses idées et son caractère*, de Joseph de Tonguédec, París, 1920. Cuando apareció este libro aún no se había convertido Chesterton al catolicismo, a pesar de las tendencias de su espíritu, ya transparentes en este sentido.

tual reside en representarlo siempre por la quiebra de todos los vínculos, por la eliminación de todos los límites, por el repudio de todos los dogmas. Con todo, si existe alguna cosa que se pueda tener como un aumento del espíritu, debe de ser algo como un aumento de convicciones cada vez más definidas, de dogmas cada vez más numerosos. El cerebro humano es una máquina destinada a producir conclusiones; si no lo logra es porque está averiada... No es, pues, exacto definir al hombre como Carlyle lo definía: «Un animal que fabrica instrumentos». Porque las hormigas, los castores y otros muchos animales también los fabrican... Débese antes definirle como un animal que fabrica dogmas. A medida que acumula doctrina sobre doctrina y conclusión sobre conclusión, en la construcción de cualquier gran sistema filosófico-religioso, él se vuelve en el único sentido de legítimo de la expresión, cada vez más humano. Al contrario, cuando por un escepticismo refinado deja deshacerse las doctrinas unas tras otras, cuando se niega a afiliarse en cualquier sistema, cuando pretende colocarse más allá de todas las definiciones..., retrocede lentamente, en consecuencia de su procedimiento, hacia la vaga mentalidad de los animales errantes y hacia la inconsciencia de la hierba».

En este elogio entusiástico del Absoluto se condensa el elogio del alma hispánica en su adhesión a la unidad natural del Municipio y en su culto apasionado por la unidad suprasensible de Dios. Si prestamos más atención a ello, la antinomia que se verifica entre el particularismo y el universalismo de los «hispanos» no pasa de un mero engaño de las apa-

riencias. Ya San Agustín se refiere al monoteísmo instintivo de las poblaciones de Iberia. Ese monoteísmo conduciéndolas a la faz y a la aceptación del Cristianismo, toma cuerpo especial en Osio, obispo de Córdoba, que tanto influyó en la conversión de Constantino, y que más tarde, en Nicea, redactaría el *Credo*. De la pureza y simplicidad del «hispano» en su composición moral y social, resultan las dos nociones fundamentales que propaga a través de la Historia, y en que se fortifica siempre que se siente grande o que procura reaccionar contra las crisis que se abisma: la noción de la honra militar y la de la inmortalidad religiosa. Todo lo más, en lo que a lo *relativo* se refiere, el «hispano» no lo concibe sino como un reflejo de su enorme sed de Duración. Hay en el «hispano» la obsesión mística del viejo Egipto de derrotar a la Muerte y de suplantar al Tiempo. No andaba por esto Oliveira Martins lejos de acierto cuando llamaba «Faraones» a nuestro don João III y a Felipe II, reproduciendo así en el feliz hallazgo de su pluma el influjo de las teorías de Buckle. Pero si concedemos un positivo significado a aquello que, siendo la grandeza de los pueblos peninsulares, Oliveira Martins tomaba como fuente perenne de sus catástrofes, el espejismo del Absoluto, una extraña claridad nos ayudará en seguida a comprender y a amar mejor el drama enigmático del genio hispánico.

Así es que, no viviendo para las combinaciones contingentes del hombre «fabricante de instrumentos», los pueblos peninsulares saben vivir, ¡y como nadie!, para las formas superiores de humanidad, para las dos únicas formas en que el hombre, como

«fabricante de dogmas», se encastilla y consigue sobrevivirse: la Raza y la Fe. De aquí lo *insensato* de la existencia de portugueses y castellanos en sus manifestaciones colectivas. Mal salidos de su primitivo localismo, se echan en brazos del delirio ecuménico de la Expansión y de los Descubrimientos. El civismo, como regla menuda de mediocres apetitos satisfechos con la posesión de sus límites, no lo comprenderían jamás, pueblos dotados de vocación apostólica. La «Locura de la Cruz», de que San Paulo nos muestra la ardiente exaltación, nos tocó, nos abrasó las entrañas. Y por lo que en particular respecta a Portugal, impresiona seguramente el que, al pasar que en la metrópoli no lográbamos consolidar el Estado en las bases genuinamente representativas de la Grey, oscilando del Estado neogótico de la Reconquista, primero hacia el Estado barroco y asfixiante de los legistas, y después para el anónimo, con tanto de tiránico como de irresponsable, del Estado liberal, allá fuera, en la India, establecíamos con don Francisco de Almeida y con Alfonso de Albuquerque regímenes orgánicos de colonización y penetración, que Holanda e Inglaterra, para la consolidación de su poderío marítimo y comercial, aprovecharon y desarrollaron. En lucha constante, nuestras guerras fueron siempre guerras de civilización. Claramente lo veía la luminosa agudeza psicológica de Eça de Queiroz, al afirmar en una de sus crónicas, recogidas en los *Ecós de París*, con motivo de la eterna cuestión de Marruecos, que «en pleno siglo XIX tenemos de nuevo, como en el Romancero, a la Cruz contra el Creyente, y a España en su constante y laboriosa ocupación de *matar moros*». Si de

nuestra parte, desde que en Alcazarquivir se hundió misteriosamente el último Rey Caballero, Portugal no volvió como antes a combatir a los moros, un día lo hemos de ver, si no combatiéndoles, al menos combatiendo en el Norte de Africa junto a nuestra hermana España. Además, ese primado de civilización lo mantuvo hasta ahora Portugal, realizando también en el continente africano, con no menor heroísmo, gentilezas de bravura y de esfuerzo, de que Mousinho de Albuquerque quedó siendo para siempre la acabada personificación. ¡Ni aun en las horas largas en que los dos pueblos peninsulares se arrastran aplastados, la flor magnífica del ideal dejó de abrir entre ellos sus pétalos de maravilla! ¿Se tratará, por tanto, de una *decadencia*? ¡No lo creemos! Hay aquí realmente un «error de definición», como Oliveira Martins observó, pero un «error de definición» que clasificó como causas de decadencia las fuerzas o disciplinas morales, de cuyo olvido o desprendimiento se nutre, por el contrario, la «decadencia» señalada.

Ahora bien; si la falta de «civismo», o sea la ausencia de aplicación espontánea a los encargados de la vida pública, acusa un delito, ¡y delito grave!, no basta, sin embargo, para la condenación de un pasado o de una raza. Ya sabemos de dónde deriva esa tara. Deriva del exceso de individualidad que existe en los «hispanos», y que inspiró a Nietzsche la célebre frase de que los españoles quisieran ser más que el máximo. Cuando medito un poco en semejante insuficiencia de los pueblos peninsulares me acude prontamente la apología calurosa que a William James arrancó su temperamento psicopático,

en casos restringidos, evidentemente. «Posee la intensidad, esa intensidad tan necesaria para el vigor moral práctico; posee el amor de la metafísica y del misticismo, que eleva nuestra atención más allá de los límites del mundo sensible». Después William James añade: «¿Qué puede extrañarnos el que semejante temperamento sea el más adecuado a introducirnos en las regiones de la verdad religiosa, en rincones de universo que el sistema nervioso, que el tipo del filisteo robusto, orgulloso de su bíceps y de su tórax, y agradecido a Dios por no tener nada de mórbido en sí mismo, no conseguirá nunca descubrir a sus satisfechos portadores?» Y el filósofo de la Universidad de Haward declara en términos que no se prestan a dudas: «Si existe una inspiración celeste, es necesario reconocer que el temperamento nervioso constituye un elemento capital para su receptividad» (1).

Transponiendo semejantes afirmaciones en el campo de la psicología colectiva es fácil aceptar la adaptación de los pueblos hispánicos a las menudas exigencias de la vida pública que el civismo impone como precio de la alta idealidad en que se abrasaron para bien del mundo. «¡Yo soy el caballero de la humana energía!», canta el verso inolvidable de Rubén Darío, aplicado a los «hispanos». ¿Dónde está, por tanto, su decadencia, cómo es que somos decadentes? No se recrimine a la Monarquía de los Austrias, conciencia perfecta del sentir unánime de los habitantes de la Península. Y véase en Toledo, en

el *Entierro del conde de Orgaz*, verdadero entierro de Don Quijote. Y véase además en el *Caballero de la mano en el pecho*, del mismo misterioso Greco, que, trasplantado de las luminosas riberas levantinas a la ciudad enigmática de la Cava, supo verter el alma castellana en un realismo que nunca más se olvida, porque hiere las raíces eternas de cada ser, estampándolas en un lienzo de Verónica, en que todos nos descubrimos como en un retrato interior y común. Y véase aún, con don Diego Velásquez Rodríguez de Silva, tan lleno de portuguesismo por su esposa portuguesa, en ese asombroso cuadro de *Las lanzas*, donde la última flor de la Caballería se refugió para enseñar a los que viniesen después cómo se honra España honrando a sus vencidos. Sentimiento, no de alucinación, sino de personalidad elevada al extremo—¡acordémonos de la frase de Nietzsche!—palpita conjuntamente en las sonoras estancias de Camoens y atiza una indomable hoguera mística en el pecho de don Sebastián, póstumo cruzado. ¡Qué cordura, qué pausa, qué medida mientras tanto, para una raza que se crucificó sobre las grandes alas de su destino histórico, igual en el valor y en la abnegación al emblema doloroso y siempre vivo del pelícano sangrando! Mientras siembran lo «absoluto» de Cristo por continentes selváticos, sus teólogos y sus doctores, hermanos en rigidez intelectual de sus conquistadores y de sus navegantes, salvan en Trento la libertad moral del individuo y asientan, en famosas controversias, las reglas de la pura libertad política. Pero el «cisma de las naciones» llegó, y la Península sucumbió ante la Europa conjurada contra ella. La amordazó lo «absolu-

(1) Cita de Jules Pacheu en su estudio *L'expérience mystique et l'activité subconsciente*. París, 1911.

to» de la Revolución, que es la ceguera de lo «relativo». Y así, en el estiaje de los tiempos, con el hombre «constructor de dogmas», cediendo al hombre «constructor de instrumentos», el «individualismo» sustituyó a la «individualidad», al sentido de lo «inmediato» la noción de lo «duradero» y de lo «continuo» (1).

Al hacer el inventario de las consecuencias de tantos desastres y también de tantas sublimes locuras, no caigamos, pues, en la servil pasión de lo «mediocre», en el espejismo pasivo del Gobierno de Sancho en la ínsula Barataria. Abominando por exagerado cuanto significa la fibra inmortal de nuestro genio, renegaremos de nosotros mismos, si increpamos retóricamente a los Austrias de haber demolido a España, o si reeditamos las charlas del viejo de Restelo ante los revuelos marítimos de Portugal. ¿Qué

(1) Aunque colocado en un inestable criterio pragmatista, el libro citado, del argentino Gálvez, no está lejos de alcanzar el tan calumniado fondo de la psicología hispánica. Dice: «El castellano, el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales. No ama el esfuerzo por el esfuerzo, ni parece convencido de que la felicidad de los pueblos está en relación de su comercio y de su industria. Esta manera de ser ha originado modos de vivir, de sentir, de trabajar y de crear, distintos de los que predominan en el resto de Europa. Es el concepto cristiano de la vida, concepto arraigado tenazmente en el espíritu español. Por eso España no puede ser comprendida por quienes miran la existencia como un esfuerzo y un placer. Son los hombres carnales, de que habla el Padre Rivadeneira, que no alcanzan a comprender a los hombres espirituales». Y más adelante, como rematando su fervoroso elogio a España—a la madre de su raza—, Manuel Gálvez añade: «Esto, sin contar con que las dos más grandes conquistas del mundo moderno: la libertad política y la libertad filosófica,

significa la falta de método en nuestros negocios internos comparado con lo que creamos y generosamente dimos a la humanidad? ¡Urge que España se españolice y que Portugal se lusitanice! Y eso únicamente sucederá cuando se abra el sepulcro del Cid y se esculpan en las piedras de la ley los consejos de aquel pobre señor Alonso Quijano a su boquiabierto escudero. La restauración en la Península de los derechos de su historia se nos mostrará así como una obra de reforma intelectual. Se ha de contar entonces con los defectos y las deficiencias de nuestro carácter y de nuestra psicología. Para que seamos grandes basta apenas construir con estabilidad y normalidad lo que hasta hoy difícilmente tuvimos: el Estado. Es la ausencia del Estado, o su sustitución por *clans* de elementos parasitarios, que se revelan en el disfrute del poder, la raíz de nuestras miserias pasadas y pre-

nacieron en España. La Carta Magna es posterior a los Fueros de Aragón, y el principio de la libertad filosófica se halla en la casuística. Los romanos, como se sabe, no miraban al espíritu, sino a la letra de la ley. Los teólogos españoles, al establecer la existencia de casos, afirmaban la libertad de individuo contra la ley tiránica, iniciaban la independencia del pensamiento contra la interpretación dogmática y unilateral, y se anticipaban a las modernas doctrinas, según las cuales no hay crímenes, sino criminales, como no hay enfermedades, sino enfermos. El pensador y escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, que ha sostenido antes que yo esta misma idea, dice, hablando de la Compañía de Jesús: «Su distingo, si no fué la cifra de la libertad, señaló el sendero por donde se va a la libertad misma». Y termina citando la siguiente frase de Remy de Gourmont, de quien no puede sospecharse que simpatice con los jesuitas: «Toda la libertad del espíritu moderno está en germen contenido en ese famoso distingo, que ha hecho reír a tantos imbéciles».

sentes. El "civismo" vendrá cuando la sociedad deshecha en una polvareda de individuos, según la imagen de Taine, se organice sobre sus bases naturales y jerárquicas. El Estado—liberados los espíritus de la superstición democrática y de la creencia infantil del Progreso—surge sin demora como una institución complementaria, como la síntesis condensadora de las aspiraciones y de las tendencias de la colectividad. A la inteligencia, necesariamente, compete la ardua pero segurísima empresa. Ya no le estorbarán los pasos las teorías de la *decadencia*, que inoculadas en el ánimo de las naciones peninsulares por publicistas interesados en su descrédito, acabaron por esclavizarnos la voluntad, reduciéndonos a la triste condición de vivir la vida sin rumbo de una leva de forzados. De suerte que todo el programa se concreta en un artículo único, rehabilitación del Poder público, o sea dignificación de las funciones gubernativas (1).

He aquí, lo que por carecer de éllo nos inhibe de asumir al lado unos de los otros, portugueses y españoles, la situación que nos pertenece sobre la superficie del orbe. No ignoramos la supremacía geográfica de que dispone la Península. Rebatiendo las diversas doctrinas de decadencia peninsular, nos enseña a su vez don Gabriel Maura cómo la raza se encuentra incólume por lo que toca a España. Aplica-

(1) De no haber surgido la dolorosa muerte del autor y de haberse retrasado algunos años la publicación de su obra, ¡qué apasionados juicios no hubiese inspirado a Antonio Sardinha la política del general Primo de Rivera y cuánta valiosa sugestión histórica no hubiese brotado de su pluma a su contemplación y estudio! (N. del T.)

do el mismo proceso crítico a Portugal, deduciremos que otro tanto acontece entre nosotros. Podemos así prohijar los períodos con que don Gabriel Maura termina sus doctas reflexiones, aunque no muchos de los puntos de vista sustentados por tan insigne historiador en relación a los diversos problemas que aborda, sobre todo el del gobierno de los Austrias.

Dice don Gabriel Maura: «La salud de España depende ya de una sola revolución: la de la conducta de los gobernantes; de una única reforma; la íntima, educadora de cada gobernado; de la realización de un sencillo programa, común a todos los españoles: éste, que escribió sin darse cuenta de lo que hacía (por esto le salió breve, sincero, y además rimado) un político madrileño del siglo xv:

«Alimpiemos la posada,
enmendemos el vivir;
no nos tome salteada
esta hora limitada
del amargo repentir.»

Señalado esfuerzo de corrección, al Estado incumbe, en verdad, promoverlo y desenvolverlo. Está visto que el Estado ha sido entre los peninsulares el origen de todos los males, porque no pretende identificarse con las pulsaciones de la colectividad, y por ello, como paso previo, debemos empeñadamente dedicarnos a su transformación. ¡Nuevo Estado en la patria vieja! Estado orgánico en la sociedad organizada, o mejor todavía: Estado antiparlamentario y descentralizador, tan fuerte y unitario en lo *político* propiamente dicho, como descongestionado y simplificado en lo *económico y administrativo*. La ruptu-

ra consecuente con los modelos recibidos de la farmacopea individualista de la Revolución, e incapaces de abrazar la complejidad de las cuestiones aportadas al orden del día por la guerra europea y por la tragedia rusa.

Si nos decidiéramos con energía a esta operación quirúrgica, certificaríamos el profundo acierto de Monís Barreto al afirmar, ya en su tiempo, que «en efecto, ninguna razón exterior al estado moral de las sociedades determina la lamentable decadencia de un pueblo lleno de talento y en posesión de un país rico, como es el pueblo portugués, ni excluye del grupo de las grandes potencias y mantiene en la mediocridad a una nación notable por la extensión y situación del suelo e ilustre por el genio de sus hijos, como es la gloriosa nación española». *Decadencia*, en el sentido de debilidad o postración, aclárese, porque el propio Monís Barreto prontamente escribe: «Ninguna otra causa se puede asignar a este deplorable hecho, aparte de la ausencia de un principio superior que unifique las voluntades dispersas y cree en medio de la fluctuación de las doctrinas un punto de apoyo para la acción gubernativa». Y el escritor acentúa, que tanto «la dispersión de las voluntades» como la «fluctuación de las doctrinas», hijas «de una época individualista y crítica, nos son comunes con todos los países situados en la mitad occidental de Europa».

Nada de incurable nos impide, pues, que volvamos a poseer nuestra perdida personalidad. Créese el *principio superior* que nos falta y cuyo eclipse es la razón de todo nuestro degradante sonambulismo. Y por poder del milagro, en la confusión nacionalis-

ta en que la tan sagrada tierra de Europa se convulsiona misteriosamente, pronto las puertas del futuro se nos han de abrir con el estrépito de los antiguos triunfos. Y aprenderéis entonces, ¡oh gentes de poca fe, que no estamos decadentes, sino tan sólo extrañados!